



La escritura como construcción

Los procesos de Erik Alonso

Giorgio Lavezzaro

Deconstrucción de un auto en la biennial de Venecia en 2004. (Fotografía: Aurora Fierro/Cover/Getty Images)

SE DICE QUE EL ARTE “CONTEMPORÁNEO”, desde la idea de posmodernidad, ha intentado poner relevancia al proceso antes que al resultado estético. Ignoro las teorías que sustentan esta práctica pero he visto varias obras que sin la plica que expone lo relevante, a saber, la manera de proceder, se vuelven pedazos de plástico o pintura que no logran transmitir ninguna emotividad, que no detonan nada en el espectador.

Recuerdo un cuadro que estaba hecho de bolsas de plástico negras para basura; el resultado era una plasta informe, pliegues oscuros amontonados. No había modo de no fijarse en ella por lo desencajada que parecía frente a otras piezas llenas de color —creo que el hecho de que resaltara era más un mérito de la curaduría que del autor de la pieza—. Detenerme e intentar ver entre los pliegues algo más, me hizo reparar en que la mayor parte de la gente iba y venía, que no se detenía en esa pieza. Luego de algunos minutos me rendí a la experiencia “inasistida” y recurrí a la plica para saber si en esa prótesis del cuadro encontraba algo más, algo que no podían hallar mis ojos frente a la pieza. Leí que se trataba de un paisaje “pintado” —así decía la plica— por un ciego, un paisaje interior que había sido detonado de alguna experiencia provocada —acaso música o meditación guiada, no lo recuerdo—, construido con sus manos a partir del intento de replicar lo “visto” en su interior

hacia un medio externo. Leer la plica, más que la obra misma, me hizo estremecer. Me provocó acercarme del modo en que el autor lo había hecho: tocar los pliegues y ver de otro modo. Pero estaba de por medio el impedimento clásico de los museos: “no tocar”. Me pareció una exposición fallida, al menos para esa pieza. Pero fue la única que no olvidé. Todo lo demás, el resto de las obras, la colección que las reunía, el museo que las alojaba, se perdió o lo perdí al interior del olvido. Quedó la imagen de las bolsas negras, pero no la réplica exacta sino la historia del proceso.

A veces he escuchado que de eso se trata el “arte contemporáneo”.

Muchas exploraciones resultan intrigantes o despiertan diversas cosas en el espectador por el proceso mismo más que por el resultado —o a pesar de él—. He fantaseado con una exposición de esos procesos sin las obras. ¿Hay exposiciones que reúnen y muestran el proceso y la obra pero donde ambos sean relevantes, donde uno no sea simple accesorio del otro? Lo ignoro. Pero el libro *Los procesos* de Erik Alonso funciona de este modo.

Una escritura que revela la manera de construir una frase contundente poniendo relevancia a todo el recorrido *escriturístico* que derivó en esa oración. A veces, en el gesto de subrayar, el lector persigue esas iluminaciones que se desprenden, futuras citas, de un libro. En el caso de *Los procesos* uno se deslumbra ante la luz pero no por la luz misma sino por el camino eléctrico que la hace posible. La frase “Mi abuelo no fue un especialista” pierde su brillo sin la acumulación de imágenes que Alonso agrupa en el cableado interior de uno de los ensayos vertidos dentro de “Una casa”.¹ Para preciar la imagen se necesita del recorrido que

Erik hace en su lectura de Bernhard, en el personaje de Roithamer —de alguna forma el mismo Bernhard, según Erik Alonso—, cuando dice de éste que desprecia a los especialistas por usar esa “mínima diferencia como forma de poder”. Una línea apenas que estremece por la desnudez y la honestidad con que está hecha, colocada entre párrafos como una idea suelta, que sorprende porque está colocada en el lugar justo luego del recorrido:

“Mi abuelo no fue un especialista”.

Línea que revela la posición del escritor frente a la figura de ese abuelo que construyó una casa en un cerro. Una oración que resume la manera de ver a un ser humano, de resaltar su más íntima cualidad en el acto de construir, en la arquitectura como manera de acuñar esa acción; de eso habla el ensayo: de la construcción como gesto. Una frase que se queda en lector hasta el final del ensayo y que, por su poder mnémico, conmueve cuando todas las líneas convergen en un solo párrafo. Donde aparece un Wittgenstein alejado del mundo en una cabaña o un Roithamer que construye un cono en medio del bosque para su hermana o un abuelo que edifica con sus manos una casa enclavada en un cerro, porque de pronto revelan su conexión secreta: “Roithamer ama a su hermana ‘más que a nada en el mundo’. Y Wittgenstein también. Y Bernhard decía eso mismo de su abuelo. Y mi abuelo de su familia. Como si el gesto de construir fuera la representación más elemental del amor, su síntesis perfecta. Pienso que si la vida sirve para algo, sería para eso, para edificar conos en el bosque, casas en los cerros; para empeñar la vida en las ideas más desmesuradas; para construir con las manos un lugar dónde descubrir el mundo”.

La idea de este ensayo, la construcción como gesto, se disemina en todos los textos; escritos dentro de otros proyectos, publicados —algunos— en otros sitios antes de llegar al libro; transformados de algún modo cuando el autor descubrió que estaba escribiendo sobre los mismos temas en diversos lugares y acomodó el material en un solo espacio. Quizá la transformación no sucedió porque modificara algunas palabras o borrara otras, sino porque encontró el sitio exacto en

¹ Sólo tres nombres figuran en el índice de las noventa y ocho páginas del libro de ensayos de Alonso: “Una casa”, “Imágenes en la pantalla” y “El espacio interior”. Cada uno reúne varios ensayos de extensión diversa —algunos de una sola página—. Cada nombre agolpa una serie de textos que se encadenan desde adentro, desde el proceso de construcción.

dónde debían presentarse esos textos. O pudo modificarlos tras el tiempo y dejar la estela de su recorrido en publicaciones previas. Sin saber muy bien cómo ocurren estas transformaciones, cuando uno lee los textos en los medios publicados anteriormente y luego los que reúne *Los procesos* la experiencia es diferente, se percibe el “acompañamiento que el autor le dio a cada texto”, el proceso de construcción que llevaron.

Ver una película en el autobús detona un ensayo de apenas tres páginas donde se expone la fragilidad de las relaciones humanas, cómo se construyen, los gestos que las acaban: los malentendidos. O ver de otro modo un objeto cotidiano, la “tele”, hace que el autor revele la “gloriosa sensación de pérdida” que ofrece mirar televisión; frase que sólo adquiere su resplandor completo cuando se lee al interior de *Los procesos*, cuando se entiende la necesidad de perder o “el triste sonido de la compañía” que oferta la tele. Textos que se construyen a partir de “Imágenes en la pantalla”, sección intermedia antes del final del libro, “El espacio interior”.

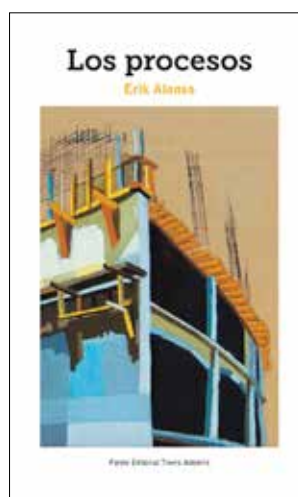
La manera de proceder de Erik Alonso se repite y obliga al lector a subrayar una frase y volver para marcar el párrafo, los párrafos anteriores, por descubrir la intensa relación que los conecta. La línea: “Ensuciar los platos, lavarlos de nuevo: así podría resumir la vida. En ese ir y venir de lo mismo”. Obliga al lector a marcar los párrafos anteriores porque, pese a la luz que irradia la frase misma, la revelación se opaca sin la construcción previa, sin el camino hasta ella. Esta frase aparece en el ensayo donde el autor escribe sobre Brodsky y la revelación telefónica que su madre le hace; Alonso ficciona la imagen de Brodsky lavando los trastes en su departamento de Nueva York mientras su madre le habla por teléfono, desde la hoy desaparecida URSS, y le dice que “lavar los platos podía ser terapéutico”. Luego detona una digresión sobre la fatalidad del olvido que se resume —pero no se condensa— en la frase “Registrar el olvido, en torno a esa imposibilidad gira la escritura”. Falanges que articulan el cuerpo del ensayo cuando llega hasta la frase que obliga a regresar y marcar el proceso:

Hace tiempo que la URSS no existe. Quedó algo parecido a un país. Tal vez el pasado de todos sea una especie de URSS, un lugar al que no podemos regresar y del que los recuerdos no pueden salir porque ya no existe.

Ensuciar los platos, lavarlos de nuevo: así podría resumir la vida. En ese ir y venir de lo mismo.

Procesos encadenados que se perciben porque acompañan a cada palabra hasta la revelación en una sola frase que agolpa —pero no concentra— la experiencia de lectura anterior: oraciones que marcan el proceso de construcción. Así podría resumir *Los procesos* de Erik Alonso: una secuencia de párrafos que dependen de los anteriores porque están colocados en el lugar justo; frases que revelan la importancia del trayecto hasta la frase misma; procesos que se sienten entre líneas al conocer la obra; como una casa que se levanta, donde el trazado oculto del cemento entre los ladrillos dice algo de las manos que lo pusieron en ese lugar.

Los procesos son eso: gestos de construcción. ■



Los procesos
Erik Alonso
México, FETA, 2015, 100 pp.